



Hacía poco que Verónica vivía con su nueva familia. Había nacido en Bolivia, un lejano país. Llegó con una muñeca de trapo, un gorro de lana de colores y un cuento que no dejaba a nadie. Hablaba poco; a menudo, hacía cosas extrañas y su madre estaba preocupada.



Había días que, tanto si hacía frío como si no, Verónica se empeñaba en dormir con el gorro puesto.

–¿No tendrás calor? –le decía su madre.

Pero la niña cogía el gorro con fuerza, la miraba y no decía nada.



Un día que su padre fue a despertarla, la pequeña no estaba en su cama. Venga a buscarla por toda la casa cuando, de pronto, vio que la borla del gorro asomaba por debajo de la cama. Y sí, sí, allí estaba, completamente dormida.





Había noches en que su madre la escuchaba hablar con su muñeca horas y horas, pero cuando entraba en la habitación para darle las buenas noches, Verónica se callaba y la miraba de reojo.